

El gran miedo nuclear

AQUI, y en todas partes, la instalación de centrales nucleares suele ser recibida con actos de protesta más o menos elocuentes. Y es lógico que así ocurra. Al principio, cuando de una manera casi seductora se hablaba de las «aplicaciones pacíficas de la energía atómica», nadie se apresuró a decir nada: incluso la idea, de aplicación todavía remota, pudo despertar ciertas ilusiones. Ahora, situados ante la inminencia de unos riesgos obvios, la gente se echa a temblar y pone el grito en el cielo. En el fondo, tampoco ha habido, desde los niveles oficiales, una estrategia informativa acerca del tema, lo suficientemente persuasiva como para que la ciudadanía vea las centrales sin unos recelos lindantes con el pánico. La cosa se plantea, por tanto, en un plano de ambigüedad poco satisfactorio. El fantasma de las bombas apocalípticas, el peligro de contaminaciónes fatales, de accidentes inimaginables, el mismo carácter «misterioso» que para las muchedumbres tienen la ciencia y la tecnología actuales, contribuyen a la desconfianza popular. El aprovechamiento demagógico de todas estas circunstancias, y de alguna más, resulta fácil: facilísimo.

Desde luego, yo no quisiera tener en mis cercanías un tinglado nuclear, ni grande ni pequeño. Y clamaré para que me lo alejen, si el caso se presenta. Pero sospecho que con ello el problema subsistirá intacto. Porque el problema consiste, de entrada, no en «dónde» han de erigirse las centrales, sino exactamente en si dichas centrales son «necesarias». El «dónde» puede ser una cuestión discutible, y el «cómo», por supuesto: sitio y garantías de seguridad admiten debate, y, quizá, soluciones pasablemente aceptables. La «necesidad» es otro asunto. No basta gritar: «¡No a la central nuclear de X!», o a la de «Y», o a la de «Z». Se trata de saber si las centrales nucleares son o no imprescindibles. Curiosamente, tendemos a descartar este enfoque. Como tantos otros. La técnica del avestruz, de poner la cabeza bajo el ala, no resuelve nada; y hay que enfrentarse con las exigencias objetivas a que responde la «política energética» —pública y privada— de determinados países. La producción de energía nuclear, reconozcámoslo, no es ninguna broma capitalista, porque sí, estimulada en el ansia de lucro que estructura al sistema. O no es sólo eso. La «necesidad» se establece en términos genéricos, y con perspectivas universales.

Por Joan FUSTER

Empecemos por definirlo con un enunciado esquemático, o caricaturesco: la llamada «crisis de energía». Se acaba el petróleo, advierten los expertos. Y las reservas conocidas —en manos feudales o nacionalistas—, y los monopolios que las trasiegan, aumentan los precios del crudo día sí, día no. Las Administraciones de los espacios sin este material se ven agobiadas por un galopante déficit de sus balanzas de pagos. La «energía nuclear» —«pacífica»— se presenta como una alternativa. ¿Cómo eludirla? Sin duda, existen otras posibilidades. Las habrá. Las tendrán que buscar o que inventar. Tampoco el uranio, el plutonio, o lo que demonios sea que alimenta las centrales, será inagotable. Pero, de momento, ese es un remedio. Y la vida entera de las poblaciones medianamente industrializadas descansa sobre una forma u otra de «energía», y más, cuanto más industrializadas. Dependemos de eso: en el alimento, en la salud, en el confort, en la cultura, en la diversión, en la estricta supervivencia. A menudo, la memez de los plumíferos de turno se despepita lanzando anatemas contra la «sociedad de consumo». ¿«De consumo»? De poco consumo, por lo general. Pero ese poco, ¡significa tantas ventajas! ¡Y tan irrenunciables!

¿Quién renunciaría a...? A la farmacia y a la clínica, por ejemplo; o al modesto supermercado de la esquina; o al transitor y a sus parientes mecánicos; o al cochecito para el trabajo o la excursión; o a lo demás, desde la indumentaria al habitáculo. Romper con esas expectativas equivaldría a un regreso a las cavernas: literalmente, al paleolítico. No existe la oportunidad de un término medio bucóli-

co y artesanal. Estas ilusiones tontas, que los románticos de la socio-ecología fomentan sin darse cuenta de lo que hacen, no llevan a ninguna parte. O, repito, llevan al paleolítico. Es un absurdo total que los manifestantes —bienintencionados— contra la central nuclear más próxima, cuando vuelven a sus domicilios con sus pancartas, deseen continuar viviendo como antes: con su televisor o su tocadiscos o su teléfono, con su aspirina o su pulmón de acero, con sus latas de comestibles, con sus libros deliciosos, con su automóvil utilitario, con pañales para sus críos y vaqueros para ellos mismos, con... Bueno, ¿para qué seguir? Han de escoger: o la caverna (sin candiles siquiera) o las nucleares. «Qui peixet vulga menjar, el cuíset s'ha de mullar», dicen en mi pueblo. Pues eso.

Prendo que se me entienda el razonamiento en su justo alcance. Mi impresión es que las centrales nucleares son «necesarias». Esperemos que, alguna vez, de las cátedras y los laboratorios —y los Ministerios— saldrá otra eventualidad generadora de «energía», y menos temible. Ahora, y tal como se presenta el complejo panorama de la «economía» en que estamos inmersos, el «no» rotundo a la energía atómica, «en sí», o «porque sí», es una bobada. Entre otras razones, porque, pese a todo, habrá centrales nucleares por la fuerza de la «necesidad». La alianza que incluya desde los ecologistas burgueses hasta los ácratas ingenuos, pasando por los troskos despiñados, no logrará impedirlo. Lo de las centrales podrá ser punto de polémica a escala de ubicación: mejor o peor aquí que allá. Únicamente eso. Hemos de resignarnos a ellas, por el momento. Como a tantas otras opciones desagradables. Su uso «pacífico» salta a la vista. Su uso «militar», también. Pero así están las cosas. ¿Capitalismo, socialismo? No nos engañemos, eso es otra historia...